

Tiranos con faldas

MANDAR, para qué vamos a negarlo, le gusta a todo el mundo; sólo que unos tienen posibilidades de hacerlo y otros no. Entre estos «otros» estamos las mujeres. Jamás se nos dio un ejército para que peleara a nuestras órdenes, ni se nos confió un país para que marchara según nuestro criterio. Sólo el pequeño reducto del hogar quedó a disposición —relativa— de la mujer para ejercer en él sus presuntas dotes de mando.

Nuestras abuelas podían darse el gusto con bastante facilidad. Casi siempre disponían de doncellas, cocineras, niñeras, que aceptaban sumisamente sus órdenes. Pero hoy las cosas han cambiado. O no tenemos servidores a quienes mandar o, si los tenemos, suelen mostrarse bastante reacios a admitir nuestra voluntad como razón indiscutible de obediencia.

Sin duda es más justo que sea así; pero, entonces, el afán de dominar que a menudo nos acomete se nos queda haciéndonos cosquillas y buscando la ocasión de hacerse notar. ¿Sobre quién? Casi siempre sobre la persona que tenemos más cerca: el marido.

Algunas mujeres, confiando en los buenos resultados de los sistemas practicados con los mismos fines por los tiranos del medievo, ejercen su autoridad a base de ceños fruncidos, amenazas, voces tonantes y palote de amasar en ristre. Son las protagonistas de esos chistes que tanto han contribuido a la evidente falta de entusiasmo de los hombres hacia el matrimonio.

Pero, dentro de lo malo, hay algo bueno en su conducta: que «se las ve» en seguida. El marido que haya tenido la escasa fortuna de caer en sus garras sabe de inmediato a qué atenerse. Y, a menos que se trate de uno de esos seres nacidos para soportar un yugo —que los hay—, ha de tener fuerzas suficientes para arrebatarle el palo y demostrarle que, llegado el caso, también puede usarlo él.

Las verdaderamente temibles son las otras. Las que han comprendido que la voluntad que mejor se impone no es la que se manifiesta por la brava y que hay sistemas solapados que consiguen el objetivo previsto con mayor eficacia que un látigo de siete nudos.

Son las que ejercen su tiranía emboscadas tras una máscara dulce y hasta filantrópica. Las que no sólo hacen su santa voluntad, sino que consiguen parecer víctimas cuando en realidad son victimarias.

Estos tiranos con faldas suelen tomar diversos aspectos. Por ejemplo:

la débil Habla con voz quejumbrosa, no come apenas nada cuando se sienta a la mesa y está aquejada por múltiples y extrañísimos males. Los médicos más notables no consiguen averiguar la raíz de sus dolencias; pero ella insiste en que se encuentra fatal y en que le es indispensable un cuidado minucioso y constante.

Es deber del marido hablar en voz baja cuando a ella le duele la cabeza, ir a comprarle a esa pastelería de la calle de Argensola los únicos pas-



teles que puede ingerir sin graves consecuencias —porque, cosa curiosa, fuera de las horas de las comidas si tiene apetito— y llevarla en coche a la peluquería y a la modista cuando se siente con fuerzas para realizar tan agotadoras tareas.

Como sus delicados nervios le impiden conciliar el sueño, se pasa las noches leyendo novelas policíacas y no se levanta hasta las dos de la tarde. En cambio, al llegar de nuevo la noche, experimenta deseos de ir al cine —momentáneamente repuesta— y de estarse luego en el café, charlando con los amigos, hasta las tantas de la madrugada.

Si su marido, que se levanta todos los días a las ocho para ir a su trabajo, muestra señales de cansancio, ella dice, entre dolorida y estupefacta: «No me explico cómo puedes tener sueño. Si tuvieras mi delicada salud y te pasaras, como yo, las noches en vela...».

repite incansablemente: «Si Antonio no fuera tan tímido, valiendo tanto como vale...».

No se da cuenta de que pueden ocurrir dos cosas. Una: que Antonio valga efectivamente mucho y que, entonces, no necesite de su agobiadora colaboración. Otra: que Antonio no haya nacido para triunfar, en cuyo caso el empeño de su mujer no servirá más que para humillarle y convertirle la vida en un infierno.



la maternal Piensa que todos los hombres son como niños

y su marido, más niño que ninguno. Por eso no le deja salir sin bufanda en invierno, ni tomar el sol sin sombrero en verano.

Cuando él va a llevarse a la boca un succulento trozo de chorizo, cenando con unos amigos, ella le recuerda que «el médico te ha prohibido los picantes». Y cada vez que enciende un cigarrillo sabe que, inexorablemente, la voz de su mujer repetirá: «en una encuesta que le hace poco sobre el cáncer...».

Si se le ocurre jugar al fútbol con los chicos, la esposa solícita advierte que «ya no estás para estos trotes» y aclara «estos bailes no son para ti», cuando en una fiesta él intenta aprender unos pasos de «twist».

Formas distintas para conseguir una sola cosa: dominar. Dominar por la debilidad fingida, por la devoción exagerada, por la solitud agobiante.

Feo, ¿verdad? Y, sobre todo, innecesario. Porque la voluntad tiene mil caminos positivos por los cuales transitar, sin que deba satisfacerse viniendo a la de los demás y sin dejar tras de sí un amargo saldo de oprimidos y oprimidos.



la imprescindible Cuando conoció a ese muchacho «que prometía» y que hoy es su marido, se dijo: «Yo haré de él un triunfador». Y acometió la tarea que creía le estaba encomendada con furia de pirata corso.

Le cronometra el tiempo que debe pasar preparando las oposiciones, le selecciona los amigos teniendo en cuenta únicamente a aquellos que pueden serle útiles en su carrera, organiza cenas en honor de su jefe y

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO